

LONGBOT TOM

LA CAPTURA

JORGE MAYO

«Se acerca el único que tiene poder para derrotar al Señor Tenebroso...
Nacido de aquellos que lo desafiaron tres veces, y venido al mundo cuando
moría el séptimo mes».

Sybill Trelawney (Profesora de Adivinación)

CAPÍTULO 1

—Neville... —murmuró Alice Longbottom, mientras agitaba en brazos a su bebé, en mitad de aquella noche aciaga, intentando que su frío llanto cesara—. Neville, solo son truenos —explicó con suavidad.

Pero Neville Longbottom no dejó de llorar durante varias horas. Solo cuando la gran tormenta que bañaba Little Whinging amainó, el pequeño se quedó dormido.

Alice continuó tarareando una hermosa canción mientras su bebé descansaba entre las mantas de una pequeña cuna blanca. La melodía conseguía que Neville mantuviese una respiración calmada. Cuando sus fuerzas se agotaron, Alice abandonó la estancia y regresó a su habitación.

—¿Por fin duerme? —preguntó Frank Longbottom, cuando su mujer entró en la cama y se acercó a él, buscando su calor.

—Ni siquiera los cuentos de Beedle el Bardo conseguían calmarle —informó Alice, apoyando su rostro en el pecho desnudo de Frank.

—Esa tormenta asustaría a cualquiera —murmuró él.

Sintió la sonrisa de su mujer entre la oscuridad. Besó su frente y, tras un pequeño suspiro, cerró los ojos.

Frank se encontraba cansado. Había tenido un largo y duro día. Su puesto de Auror en el Ministerio Británico de Magia, le obligaba a perseguir y capturar a todo aquel adorador de la magia oscura. Llevaba varios días siguiendo un chivatazo relacionado con Rodolphus LeStrange, un mortífago que había sobrevivido a la guerra mágica. Si lograba atraparlo con vida, le haría hablar, y él les conduciría hasta el paradero de la Bruja Negra.

Alice, por el contrario, tenía el permiso absoluto del Ministerio para cuidar a su hijo recién nacido. Frank le había cedido sus días de permiso para no tener que depender de ningún cuidador externo a la familia. Todavía corrían tiempos peligrosos y ellos lo sabían.

Agotado, Frank Longbottom intentó conciliar el sueño, pero no le resultó sencillo. El calor de Alice le reconfortaba y relajaba sus músculos, pero el problema no era su cuerpo, sino su mente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alice, sintiendo la preocupación de su marido como si fuera suya.

—La guerra es demasiado reciente —dijo Frank.

Abrazó a su mujer, acariciando su espalda desnuda. Las yemas de sus dedos rozaban la piel de Alice, formando círculos discontinuos.

—El Señor Oscuro se ha ido —afirmó Alice—. Tan solo son resquicios lo que queda de su poder. Es cuestión de tiempo que sus seguidores, que quedan con vida, sean atrapados.

Aquellas palabras no consiguieron convencer a Frank. Tampoco le tranquilizaron. Él tenía una información valiosa que su mujer no conocía. Había jurado no difundirla, ni siquiera a ella, pero ya no podía sostener más aquella carga. Frank siempre había compartido sus secretos con Alice.

—Alice... —llamó con delicadeza. Ella no dijo nada, pero se incorporó levemente. A pesar de la oscuridad de la habitación, él podía ver cómo los ojos de su mujer le observaban con preocupación—. Hay algo que debo contarte. Hace tres noches, cuando estaba terminando mi trabajo en el Ministerio de Magia, un Patronus con aspecto de fénix atravesó la ventana de mi despacho.

—Dumbledore... —dedujo Alice a los pocos segundos.

—Sí —confirmó Frank. Cogió aire, volvió a cerrar los ojos, y continuó—. Los Potter cayeron. Somos los siguientes. Él nos necesita.

La simple mención de los Potter hizo que las yemas de los dedos de Alice comenzaran a vibrar de manera incontrolable. Lily y James Potter habían sido asesinados hacía escasamente un mes por el mago tenebroso más poderoso de todos los tiempos. Lord Voldemort había encontrado la casa de los Potter en Godric's Hollow, y utilizado la maldición letal contra ellos. Tan solo su hijo, el pequeño Harry, había sobrevivido a aquel ataque.

—La Orden del Fénix se disolvió —dijo Alice, con voz nerviosa.

Ella también había luchado en la guerra contra la oscuridad. Las imágenes de sus amigos caídos aún se encontraban en su cabeza. Podía sentir el horror. Todo era muy reciente, apenas habían transcurrido unos meses. Todavía era difícil distinguir amigo de enemigo.

—Dumbledore necesita algo que solo puede confiarnos a nosotros —insistió Frank, a pesar del temor que percibía en su mujer—. Voldemort...

—Voldemort fue destruido —interrumpió Alice con voz nerviosa.

No temía aquel nombre como muchos hacían. Temía la oscuridad que él había provocado en el mundo.

—Alice...

—El niño acabó con él —dijo Alice—. Ahora el Ministerio persigue a sus seguidores. No quedará ninguno en libertad. Azkaban será su tumba.

Frank acarició las mejillas de su mujer e intentó tranquilizarla. A continuación, besó sus labios. La frescura y humedad de Alice inundó su boca. Su magia era poderosa cuando estaban juntos. Amaba a Alice por encima de todo. Daría toda su sangre por protegerla a ella y a Neville. Sin embargo, debía ser sincero, aunque para ello tuviera que infligir dolor en ella.

—El Patronus de Dumbledore me ha contado una verdad que permanece oculta para la mayor parte del mundo mágico. Lord Voldemort no cayó en Godric's Hollow. El niño que sobrevivió no consiguió destruirle.

El corazón de Alice pareció detenerse. Sus temores se revolvieron en su interior. Se hizo un ovillo junto a Frank. Su luz interior menguó. Se estremeció entre las sábanas. Frank la abrazó, la apretó contra él, y estabilizó sus miedos.

—Si no murió, ¿dónde está? —preguntó ella—. ¿Por qué no continuó su guerra?

—Albania, es la respuesta a la primera pregunta —informó Frank Longbottom—. Respecto a la segunda... su cuerpo pereció, pero su espíritu sobrevivió a la muerte.

—¿Estás seguro?

—Dumbledore lo está. Si él lo afirma, debemos confiar en sus palabras.

Alice pensó en ello durante un momento. Dumbledore siempre había confiado a los Potter las misiones más peligrosas. Ahora que ellos se habían ido, era lógico que acudiera a los Longbottom. El corazón de Alice lloraba por Lily y James. El pequeño Harry tenía la misma edad que Neville. Ella se había ofrecido a cuidarle, pero Dumbledore se había negado. Ahora volvía a requerir sus servicios. Fue entonces cuando Alice comprendió la misión que el gran mago les encomendaba.

—Quiere que busquemos a Voldemort en Albania... Quiere que terminemos lo que Harry Potter comenzó.

—Sí —confirmó Frank con un susurro casi inaudible.

—¿Le has dado ya una respuesta?

—Yo iré a buscar a Voldemort —dijo Frank con un tono autoritario. Sabía que su mujer le cuestionaría. Habría cedido ante ella en cualquier ocasión, pero no en aquella—. Tú debes permanecer aquí con Neville, vigilando sus pasos, otorgándole la suma protección. Solo el amor de una madre puede desencadenar el poder único.

—Cuando terminó la guerra, me prometiste que nada volvería a separarnos —sollozó Alice.

—Sabes que nada podrá alejarme de ti —dijo él, volviendo a besarla. Limpió las lágrimas de su mujer, que caían por sus mejillas, y continuó—. Debo acabar con el Señor Oscuro. Debo hacerlo por nuestros amigos, Alice. Por Lily, por James, y por todos aquellos que cayeron defendiendo la luz de la oscuridad.

Alice abrazó a su marido. Él tenía razón. Nadie estaría a salvo mientras Lord Voldemort continuara con vida. Pensó en Neville. Si no destruían a la oscuridad, él sufriría las consecuencias. El amor de una madre por un hijo es diferente a todos los demás. Cuando una madre ve abrir los ojos a su hijo por primera vez, jamás amará tan intensamente a ningún otro ser.

—¿Cuándo partirás? —preguntó.

—Con la luz del alba —dijo él.

—Es demasiado pronto.

—Lo sé.

CAPÍTULO 2

El día siguiente amaneció con unas nubes grises que surcaban el cielo y ocultaban el sol. Las carreteras y aceras continuaban húmedas, y el frío había caído sobre Little Whinging. El otoño llegaba a su fin. Pronto comenzarían las primeras heladas.

Neville continuaba dormido, ajeno a lo que estaba a punto de suceder en su hogar. Las mantitas de la cuna se ceñían perfectamente a su pequeño cuerpo. Parecía cosa de magia, pues las mantas se destensaban cuando Neville quería moverse y volvían a amoldarse a su cuerpo cuando el bebé se relajaba. Neville Longbottom era el único hijo de dos de los más grandes y poderosos magos de los últimos tiempos, por lo que no era de extrañar que la magia aflorara en él a tan temprana edad. Sin embargo, sus padres no se percataron de su magia durante aquella mañana, ni en ninguna que las habían precedido.

Frank Longbottom se despertó temprano. A pesar de abrir los ojos con dificultad, no movió un músculo. Sentía la respiración pausada de Alice sobre su pecho. Ella aún dormía profundamente. Permaneció unos minutos en silencio, deslizando sus dedos por el liso pelo castaño de su mujer.

—¿Qué hora es? —balbuceó Alice, cuando sintió sus movimientos.

—Demasiado pronto —informó él, echando una ojeada al reloj que colgaba de la pared.

Frank besó la frente de Alice con dulzura. Ella sonrió y pasó un brazo por el pecho de Frank. Se aferró a él como si presintiera que fuera a abandonar la calidez de las mantas sin su permiso.

—¿Recuerdas las frías noches de invierno cuando dormíamos en aquella sala abandonada de la torre de Gryffindor? —preguntó ella, recordando los tiempos en que se conocieron, los tiempos en los que estudiaban en Hogwarts.

Frank sonrió cuando sus pensamientos retrocedieron más de diez años en el tiempo.

—Siempre tenía que defenderte de los Nargles —dijo él.

—Mentira...

—¿Cuántos pares de zapatos se llevaron?

—No te quedes conmigo —gruñó Alice, sin poder evitar que una sonrisa se dibujase en su rostro—. Los Nargles no existen. Sé que tu amigo Sirius y su panda estaban detrás de todos esos crímenes.

Ambos rieron. Frank siempre había usado a los Nargles como excusa de que a Alice le desaparecieran objetos preciados en la escuela. Lo cierto es que, esas criaturas mágicas diminutas, no existían. Todo era cosa de Regulus Black, aunque Regulus siempre solía dejar pistas para encontrar los objetos de Alice. Su hermano, Sirius, siempre enmendaba sus errores. Era difícil de creer todo lo que habían cambiado las cosas...

Los recuerdos de Frank hicieron que volviera a conciliar el sueño durante media hora más. Cuando pensaba en la palabra felicidad, Alice y Neville salían a la luz. Sin embargo, la hora que tanto había querido posponer, llegó.

Apenas pasaban las nueve de la mañana cuando Frank Longbottom se miró al espejo. Se había puesto una camisa lisa, de color blanco, y la había combinado con un chaleco de rombos marrones y rojizos. Unos pantalones tejanos se ajustaban a sus piernas y las botas de punta terminaban de endulzar el conjunto.

Se despidió de Neville, quien se encontraba sumergido en el mundo de los sueños, con un tierno y suave beso en la frente. Después abrazó a Alice y besó sus labios. Ella se aferró a su cuello, y le correspondió como si fuera la primera vez que lo hacía. Estaba nerviosa. Tenía miedo. Habían ganado la guerra mágica, aunque no lo parecía, pues volvían a despedirse.

Muchos eran los seguidores del mal que todavía luchaban en las sombras por Lord Voldemort. Decapitar a la serpiente era el golpe que necesitaban para acabar con ellos. Con la caída de los Potter, Frank Longbottom era el Auror más poderoso de Gran Bretaña. Tal vez, Alastor Moody era el único que podía equipararse a él, pero Alastor aún se recuperaba en el Hospital San Mungo. A causa del cruel enfrentamiento contra el mortífago Evan Rosier, del que salió victorioso, sufrió decenas de heridas graves, y de larga y ardua curación.

—No debes preocuparte, estaré bien —dijo Frank.

—Nuestro poder es mayor cuando estamos juntos —indicó Alice, sin despegarse de él.

—Prometo mantener abierto el vínculo —juró Frank—. Podrás ver a través de mis ojos en todo momento, siempre que lo desees.

Frank y Alice Longbottom eran dos poderosos Legeremantes. La Legeremancia era una rama de la magia que pocos podían dominar. La posibilidad de entrar en las mentes de los demás era un sendero peligroso y complejo. Cuando ambos se enamoraron, el vínculo que se creó les dio la posibilidad de percibir los pensamientos, sentimientos, e incluso ver a través de los ojos del otro.

—No corras riesgos —dijo ella, más tranquila, gracias a las palabras de su esposo.

—Le he pedido a Augusta que venga a casa mañana —informó Frank.

—¿Tu madre está en Gran Bretaña?

—Llegó ayer a Londres. Tiene asuntos importantes allí, pero mañana al amanecer llegará a Little Whinging en transporte Muggle.

—¿Transporte Muggle? —repitió Alice, incrédula. Los magos no solían usar los inventos de la gente no mágica.

—Trenes, creo que los llaman. Un transporte primitivo que circula sobre raíles de metal.

Alice no añadió nada más. Augusta Longbottom era una bruja extraordinaria, aunque ya era mayor. Lo cierto era que Alice no recordaba la edad de su suegra, a pesar de llevarse estupendamente con ella.

Besó a Frank una y otra vez. No quería separarse de él. Llevaba enamorada de él desde que habían estudiado juntos en Hogwarts, hacía ya muchos años, y jamás nada ni nadie podría destruir ese amor.

—Debo irme ya —dijo Frank.

El momento había llegado, el momento que Alice había temido desde que terminó la guerra mágica. Debía dejarle marchar por el bien de todos.

Frank abrió el pestillo de la puerta con un movimiento de su varita, y salió al rellano. Dio media vuelta y vio los húmedos ojos verdosos de su mujer.

—Te amo más que a todas las estrellas del cielo —dijo.

—Te amo más que a la luz del sol —dijo ella.

Frank Longbottom sonrió. Alice le correspondió de igual manera y, tras una fugaz bocanada de aire, Frank desapareció haciendo uso de la magia.

Transcurrieron más de diez largas e incesantes horas. La luz anaranjada del atardecer bañó el condado de Surrey.

Frank Longbottom se encontraba muy lejos de su hogar. Había aparecido en mitad de un pequeño pueblo y había caminado sin descanso hasta el bosque de Banstead. Solo se detuvo para almorzar en un lugar Muggle conocido como gasolinera. Un sandwich de atún y aguacate, junto con varias piezas de fruta, era lo que se había llevado al estómago.

El bosque de Banstead en el que se encontraba, era un lugar silencioso, repleto de árboles que se elevaban hacia el cielo y cuyo final no alcanzaba a la vista. Los troncos se encontraban desnudos, salvo en su parte más alta, donde las hojas rebosaban de un color verdoso oscuro.

Para muchos magos, el silencio de aquel bosque era capaz de desgarrar las almas, pero a Frank le incentivaba su concentración. Había ido hasta aquel lugar, debido a que allí se encontraba el Traslador más cercano. Si mal no tenía entendido, el Traslador de Banstead era la vieja bota de un leñador famoso en la zona. El Traslador le llevaría directamente a Leavesden, un pequeño distrito situado muy cerca de Londres. Allí se reuniría con Albus Dumbledore antes de partir a Albania.

Frank se desvió por uno de los caminos de tierra que serpenteaban el bosque. Un liviano chasquido interrumpió el silencio. Frank sacó rápidamente su varita. Sus sentidos se activaron. El Auror que llevaba dentro vio la luz. Observó entre los árboles y la maleza. No vio enemigo alguno, pero no estaba solo.

—¡*Protego!* —murmuró.

Un fino velo mágico fue levantado. El escudo protector le envolvió por completo, y adoptó una forma esférica a su alrededor. Su magia era

poderosa. Frank permaneció inmóvil, intentando percibir cualquier rastro enemigo.

—*¡Crucio!* —exclamó una voz rasgada desde la lejanía.

Frank vio las chispas rojas por el rabillo del ojo. La maldición impactó contra su escudo mágico. El velo se agrietó, pero las defensas de Frank resistieron.

Frank vio un par de capas negras que se ocultaban entre los árboles. Percibió a varios enemigos. Se encontraba en clara desventaja. Podía hacerles frente, pero había prometido no correr riesgos. Decidió que lo mejor era correr hacia el Traslador, y eso hizo.

Dos mortífagos abandonaron su escondite y salieron a por su presa. Corrían como si huyeran de los latigazos de su señor. Frank llevaba ventaja. Abandonó el sendero y se abrió paso entre la maleza a toda velocidad.

—*¡Desmaius!* —exclamó, virando su varita hacia atrás, en dirección a los seguidores de Lord Voldemort.

El hechizo golpeó el torso de uno de ellos. El mortífago cayó al suelo, y quedó inconsciente.

—*¡Crucio!*

—*¡Protego!*

Frank repelió las maldiciones de su perseguidor. Debía continuar corriendo. Debía estar muy cerca del Traslador. Si llegaba hasta él, el objeto mágico le transportaría hasta Dumbledore en un instante. Sin embargo, una figura encapuchada apareció ante él como una sombra que veía la luz entre los árboles.

—*¡Bombarda!* —dijo el encapuchado.

De su varita emanó una masa grisácea de magia. Salió disparada hacia Frank, pero impactó en el suelo, tres metros por delante de él. Se produjo una explosión. Frank salió disparado hacia atrás y se golpeó la nuca con una gran piedra. La sangre brotó. Su varita se perdió entre la maleza del bosque. Aturdido, Frank gateó entre la tierra y la hierba seca.

—*Protego* —murmuró sin varita.

El velo mágico le envolvió. Sin embargo, sin el uso de la varita, su magia era demasiado débil. Casi ningún mago podía llevar a cabo un hechizo sin varita.

—*¡Petrificus Totalus!* —exclamó el encapuchado.

La magia rompió el velo de Frank y golpeó su espalda. No fue un hechizo doloroso, pero cada uno de sus músculos sufrió una parálisis que solo la magia podía contrarrestar. La sombra del encapuchado le perturbó desde la distancia, aunque fue opacada por otro mago que apareció tras él. Era rubio, con la piel blanquecina y vestía con sórdidos ropajes. Frank le reconoció debido a todos los carteles de “Se busca” que el diario El Profeta había distribuido. Aquel mortífago era Ominis Black.

«*Incarcerous*» pensó Frank, pero no ocurrió nada.

Con una sensación gélida recorriendo su pecho y todo el cuerpo completamente inmóvil, Frank Longbottom fue capturado por los siervos de la muerte.

CAPÍTULO 3

Alice Longbottom siempre había sentido debilidad por las cosas viejas o rotas. Sin embargo, aquella tarde, mientras terminaba el café, un latigazo sacudió su mente, y la taza se le escapó de entre las manos. El suelo se llenó de pequeñas y uniformes porciones de cerámica. No sintió amor por ella, sino miedo y oscuridad.

Alice se apoyó en el respaldo de la silla, y se llevó la mano libre al pecho. El latigazo había recorrido su torso y asfixiado su corazón.

—¡Frank! —exclamó, asustada.

La visión era demasiado nítida para no ser verdad. Alice apenas podía respirar. La oscuridad había capturado a Frank. Las lágrimas se escaparon de sus ojos. Corrió hasta la habitación de Neville. Como solía ser habitual, el bebé dormía ajeno a todo lo que sucedía en el Mundo Mágico. Fue entonces cuando la opresión del pecho de Alice menguó levemente.

Algo interrumpió el intento de Alice Longbottom de conectar con la mente de su marido. Agarró su varita de madera de roble y pelo de unicornio, y observó a la ventana de la habitación de Neville. Un poder mágico extraordinario se acercaba hacia su hogar. Ella podía percibirlo. Con la varita en alto, Alice se interpuso entre Neville y la ventana. No permitiría que nada ni nadie dañara a su bebé.

Un haz de luz blanca y cegadora atravesó la ventana. La habitación brilló durante unos segundos. Cuando Alice recuperó la visión vio la silueta de un fénix que la miraba mientras permanecía sentado en mitad de la habitación. El fénix estaba compuesto por magia pura y bondadosa.

Sintiendo la seguridad de aquel hechizo, Alice bajó la varita y respiró aliviada. El Patronus de Albus Dumbledore esperaba. Solo tenía una misión, entregar un mensaje. Cuando Alice se acercó, la voz grave del director de Hogwarts salió del interior del fénix y llenó la habitación del pequeño Neville Longbottom.

—Alice... Frank no ha acudido a nuestra cita. Temo que no llegase al Trasladador del bosque de Banstead —informó la voz del profesor Dumbledore—. Endurece la protección de tu hogar y permanece allí. Yo iré a buscar a Frank.

Cuando el mensaje terminó, el fénix abrió las alas y atravesó la ventana, dejando un rastro de magia blanca a su paso.

—¡Dumbledore! —llamó Alice, pero el encantamiento Patronus había desaparecido.

Su corazón latía a más pulsaciones por minuto de las que era capaz de contar. El encantamiento Patronus solo era la prueba de que todo era una pesadilla que sucedía en el mundo real.

Alice no se había percatado de que su bebé la observaba desde la cuna con ojos saltones. No decía nada, no hacía movimientos bruscos,

simplemente miraba a su madre. Estiró sus dos bracitos con la intención de llegar a ella, pero no pudo. Fue entonces cuando comenzó a llorar.

—Neville... —murmuró ella, mientras cogía al bebé en brazos.

Alice comenzó a tararear una nana mientras balanceaba levemente al pequeño. Paseó por el pasillo de la casa mientras su cabeza daba vueltas. No podía obedecer las órdenes de Albus Dumbledore. Debía ir a buscar a Frank, aunque no podía dejar solo a Neville.

Cuando su hijo volvió a quedarse dormido en sus brazos, ella lo depositó suavemente en la cuna, agarró su varita y pronunció un hechizo.

—*¡Expecto Patronum!*

De la varita emanó un fino velo azulado. La magia pronto tomó forma. Un pequeño tejón comenzó a dar vueltas por la estancia antes de comenzar a jugar con la alfombra de algodón. Alice compartía Patronus con su marido, pero su animal era mucho más juguetón que el de Frank.

—Encuentra a Augusta —ordenó. El tejón cesó su juego, y escuchó a su creadora—. Frank ha sido capturado. Debe venir lo antes posible para quedarse con Neville. El tiempo se agota. No podemos demorarnos más.

Cuando Alice concluyó el mensaje, el tejón se desvaneció. Los restos del encantamiento salieron volando y atravesaron la pared de ladrillo rumbo a Londres.

Alice Longbottom no pudo dormir durante aquella noche. Su marido ocupaba sus pensamientos. El vínculo se había cerrado. No podía ver a través de los ojos de Frank. Tampoco podía percibir sus sentimientos, ni descubrir su ubicación. Cuando la primera luz del sol entró por la ventana de la cocina, Alice ya estaba vestida, había desayunado, y ejecutado varios encantamientos protectores adicionales sobre su casa.

Caminaba en círculos por el salón mientras los primeros minutos de la mañana transcurrían. Estaba lista, nerviosa, y llena de miedo. Temía por Frank y por Neville, no por ella. Un sonido fugaz perturbó el silencio. Alice aguzó sus sentidos. Alguien se había aparecido al otro lado de la puerta de entrada. Rápidamente, sacó su varita, buscó una posición ventajosa junto al sofá, y adoptó una guardia alta.

—Alice... —llamó una voz envejecida desde el otro lado—. Alice, soy yo, Augusta...

—¿Cómo sé que eres tú? —preguntó Alice Longbottom.

Los nervios hicieron que varias chispas se escapasen de su varita. No tardó en reducir las con un movimiento ligero hacia abajo.

—Corría tu quinto año en Hogwarts cuando viniste a casa por primera vez con Frank —dijo la voz del otro lado de la puerta—. Era Navidad. Hicimos un pastel de calabaza gigante. Frank no salió del baño en todas las Navidades.

Se escuchó una pequeña risita. Alice sonrió. Recordaba aquello como si hubiera sido ayer. Lo cierto era que se pasó con el jugo de amapola. Frank y ella estuvieron riéndose de ello el resto del curso. Frank pensaba que había sido su madre quien lo había hecho a propósito para calmar los nervios de Alice y distraer el foco de atención.

Alice agitó su varita. Inmediatamente, los cerrojos comenzaron a moverse provocando un silbido. La puerta de madera cedió y se abrió. Ante los ojos de Alice, apareció su suegra.

Augusta Longbottom era una mujer pequeña y delgada, con un cabello plateado que llevaba recogido en un moño apretado en la parte posterior de la cabeza. Tenía una expresión severa que hacía honor a su fuerte carácter. Vestía con un traje largo de terciopelo negro con detalles dorados, y llevaba su varita en la mano.

—Gracias a Gryffindor que estás aquí —dijo Alice.

—Alice... —murmuró ella con los ojos húmedos.

Las dos brujas se abrazaron. Alice sentía el dolor en la piel de Augusta. Ambas se habían ganado un reputado renombre en todo el Mundo Mágico, pero solo una podía ir a buscar a Frank.

—No podemos perder tiempo —indicó Alice.

—El tiempo es nuestro enemigo —confirmó Augusta.

—Debo despedirme de Neville.

—Por supuesto, querida. Aguardaré aquí.

Alice abandonó el salón y llegó hasta la habitación de Neville. El pequeño dormía. Todo estaba en orden. Ella se acercó a él, y se deleitó con la respiración calmada de su hijo. El bebé se encontraba en paz. Ella lucharía por mantener esa paz. Suspiró antes de despedirse.

—Neville, mamá te quiere. Papá te quiere. Deberás ser cauto y fuerte. Abraza siempre la luz, y la oscuridad jamás podrá dañarte. Yo siempre estaré contigo, hijo mío.

Se secó las lágrimas con la manga de su chaqueta de punto, y abandonó la habitación. Se despidió de Augusta con pesar y utilizó la magia para desaparecerse. En un abrir y cerrar de ojos, su casa había quedado atrás. Delante se había materializado el bosque de Banstead.

Buscó a Frank en sus pensamientos. No podía sentirle, no había rastro de él, ella estaba incompleta. El vínculo se había roto.

Varita en mano, se internó en el bosque. Los árboles desnudos y desnutridos eran el reflejo de la desolación y el caos. Caminó durante lo que le parecieron largas horas. Recorrió senderos sinuosos. Se abrió paso entre la maleza y evitó criaturas mágicas que vivían allí.

Llegó a un alto. A pesar de la poca visibilidad, debido a la espesa maleza, percibió un rastro de magia. Por primera vez desde que el vínculo con su marido fue destruido, sintió a Frank Longbottom.

—¡*Revelio!* —exclamó, realizando un movimiento arqueado con su varita, formando un abanico.

Entre la maleza del bosque, a tan solo un par de metros de ella, algo brilló. Alice se acercó, rebuscó entre las hierbas, y vio el pequeño objeto. Las lágrimas se le escaparon de los ojos. Recogió la varita caída. Era de saúco. Su núcleo estaba compuesto por corazón de dragón. Era muy poderosa, y la sentía en la mano como si fuera suya propia. La varita de Frank le había salvado la vida en multitud de ocasiones durante la Guerra Mágica.

Mientras examinaba la varita, el crujir de las ramas perturbaron el silencio y captaron su atención. Vio el reborde de una túnica negra que se ocultaba en las sombras de los árboles. Un chispazo retumbó en el bosque, y Alice sintió frío antes de que la realidad se desvaneciera ante ella y sus sentidos se apagarán.

CAPÍTULO 4

No había tenido más opción que cerrar el vínculo. Su palabra era importante, pero su amor lo era mucho más. La Legeremancia resultaba ser un arma que podía volverse contra su familia. Frank Longbottom jamás lo permitiría. Lucharía por proteger a los suyos hasta que la última gota de su sangre fuera derramada.

La parálisis había desaparecido. El poder que el encantamiento ejercía sobre él ya no existía. Se encontraba maniatado con una cuerda mágica. No podía ver nada debido a la capucha negra que los mortífagos habían colocado sobre su cabeza.

Escuchó la risa maléfica de una mujer, seguido del seco sonido de sus tacones que se acercaban. No podía ver, pero sentía la humedad del lugar. Estaba sentado sobre un suelo de hormigón. Tenía la espalda apoyada en una heladora barra de acero.

—Es la hora —anunció la mujer—. ¡Comenzad!

Había más personas en aquel lugar sombrío. Frank sintió las pisadas que precedieron a unas manos gruesas que le quitaban la capucha, y le permitían desvelar la identidad de sus captores.

Ante él apareció Rodolphus LeStrange, un mago tenebroso que Frank llevaba tiempo persiguiendo. Al final, la presa había atrapado al cazador. Tras él, se encontraba su hermano, Rabastan LeStrange, quién observaba a Frank con odio y malicia. A su lado, apoyado sobre una viga de hierro, el encapuchado que había conseguido capturar a Frank observaba con atención. Su identidad continuaba sin ser revelada. Muchos eran los siervos del Señor Oscuro, pero no había ningún signo mediante el cual Frank pudiera identificarle. Ominis Black estaba a su par. Parecía encontrarse sumergido en sus propios pensamientos, pues tenía los ojos en blanco. Por último, oculta entre las sombras, se encontraba la mujer. Era alta y delgada, con una cara afilada y pálida, ojos negros profundos y un cabello largo y negro que caía en cascada sobre sus hombros. Vestía con una túnica negra y su expresión era capaz de intimidar a cualquiera. Frank la reconoció al instante. La conocían como la Bruja Negra, el servidor más devoto de Lord Voldemort: Bellatrix LeStrange.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —dijo ella, emitiendo una risa malvada, mientras mostraba sus desgastados y sucios dientes—. El gran Auror ha decidido presentarse.

Frank no dijo nada. Permanecía concentrado en mantener su mente en blanco. Los poderes oscuros no tenían límite y no sabía si alguno de ellos era un Legeremante. Así fue que decidió hacer uso de la Oclumancia para privatizar todos sus recuerdos.

—Te lo voy a poner fácil, Longbottom —dijo Bellatrix, mientras jugueteaba con su varita—. Dime lo que quiero saber, y te permitiré marchar. ¿Dónde está mi señor?

Frank ignoró la pregunta. Sabía lo que su silencio podría conllevar, pero hablar sería peor. No puedes pretender que el perro huela la carne y no la devore.

Bellatrix desvió su mirada hacia uno de sus parientes. La orden fue dada sin necesidad de emitir una sola palabra. Después, se mantuvo firme y esperó.

—*¡Crucio!* —exclamó Rodolphus Lestrangle.

La maldición torturadora golpeó el pecho de Frank. La magia negra se internó en él y le retorció cada músculo y cada hueso. Frank gritó de dolor, un dolor agonizante, un dolor infligido con un único cometido: hacerle hablar.

—¿Qué fue de Evan Rosier? —preguntó la Bruja Negra.

Frank sonrió al escuchar aquel nombre. Rosier había sido un mortífago muy poderoso, pero cayó hacía mucho tiempo. Moody y él lo derrotaron durante la Guerra Mágica.

Frank continuó sin soltar una palabra. Era capaz de soportar el dolor. Había sido adiestrado para ello. Era un Auror, un servidor de la luz. Sin embargo, su liviana sonrisa enfureció a Bellatrix.

La maldición *Cruciatus* fue pronunciada una y otra vez en aquel lugar oscuro y derruido. Frank se retorció en el suelo. Los gritos debieron escucharse en varias millas a la redonda.

—El niño que sobrevivió —dijo Bellatrix, refiriéndose a Harry Potter—. ¿Dónde se oculta? ¿A dónde le envió Dumbledore?

Una vez más, Bellatrix preguntó, y una vez más, Frank Longbottom resistió la tortura que castigaba su silencio. Amaba a Lily y James Potter, y jamás les traicionaría.

Lentamente, su cuerpo y alma fueron cincelados por los poderes tenebrosos. El interrogatorio se intensificó. Los mortífagos comenzaban a inquietarse. Los nervios aparecían en sus rostros al ver que Frank no había sido doblegado.

Ni Rodolphus, ni Rabastan, ni Bellatrix habían conseguido información alguna. Fue entonces cuando el encapuchado, que había permanecido ausente todo aquel tiempo observando la tortura desde la distancia, tomó parte.

Avanzó unos pasos y sacó su varita. No era una varita de madera, como era habitual entre los magos, sino de hueso. Con un liviano movimiento, la magia actuó y la capucha que le ocultaba se desvaneció. Frank se encontraba débil pero, a pesar de su visión borrosa, pudo identificarle. Sus ojos se abrieron de par en par. El asombro se dibujó en su rostro. Barty Crouch, hijo del gran Bartemius Crouch quien ostentaba el cargo de director del Departamento de Seguridad Mágica, sonrió.

—Pareces haber visto un fantasma —dijo Barty Crouch.

—Traidor... —murmuró Frank.

Bellatrix Lestrangle rio de manera exagerada. Los demás siguieron a la bruja y el mal emergió de nuevo.

—*¡Crucio!* —exclamó Barty Crouch. Las chispas rojas brotaron y desgarraron a Frank en pedazos—. *¡¿Dónde está?! ¡¿Cuál es el paradero del Señor Tenebroso?!*

La asfixia se apoderó de Frank. La magia maldita era demasiado fuerte. Solo cuando la maldición cesó, Frank Longbottom pudo volver a respirar.

—Una tumba, en el abismo del mundo — respondió, mientras intentaba recomponerse.

—*¡Crucio! ¡Crucio!* —insistió el mortífago—. No te resistas.

—Únete a nosotros y tu familia se salvará —intervino Bellatrix, impaciente, ansiosa por obtener la información que necesitaba.

—El día que los infiernos se congelen, entonces me uniré a Voldemort —rugió Frank.

—*¡¿Cómo osas pronunciar su nombre?! —gritó la Bruja Negra. Aquellas palabras consiguieron desquiciarla. La locura se hallaba en su interior—. ¡Crucio! ¡Crucio! ¡Crucio! ¡Dime donde está!*

Frank jadeaba. Su mente daba vueltas. Le resultaba difícil distinguir la realidad de los pensamientos en los que llevaba tiempo refugiado. Para él, su época en Hogwarts con Alice, y el nacimiento de su hijo Neville, comenzaba a ser la verdadera realidad.

—El niño lo derrotó —afirmó unos instantes después—. Tu señor pereció en Godric's Hollow.

—*¡Mi señor es eterno!* —exclamó Bellatrix—. La muerte es su aliada.

Sin embargo, a pesar de su oscura insistencia, se detuvo. Algo perturbó sus pensamientos y desvió su atención. Se acercó a Barty y le susurró algo al oído. Barty asintió, miró al resto de mortífagos y todos se desaparecieron gracias al arte de la magia.

Frank se quedó a solas con Bellatrix Lestrange. Los rayos de luz roja, que salían de la varita de la bruja, no cesaron durante el resto de la mañana.

—Aún hay esperanza —dijo ella—. Solo dime lo que quiero saber.

Frank apenas podía cargar con el peso de su alma. Su cuerpo había dejado de responder. Sin embargo, consiguió expresar unas palabras.

—Ya no hay esperanza para mí —dijo con dificultad—, pero allá donde mi generación ha fracasado, la generación de mi hijo triunfará.

La Bruja Negra no le otorgó más tiempo. La maldición imperdonable volvió a ser pronunciada. Solo cuando la esencia de Frank Longbottom había sido arrancada de su cuerpo, fue entonces cuando Bellatrix desistió.

El extraordinario Auror quedó tendido en el suelo. Respiraba y miraba a la nada. Ya no hablaba, ya no era Frank Longbottom. Torturado hasta la locura, quedó despojado de todo pasado, presente y futuro.

La Bruja Negra le miró aterrada. Pronunció un encantamiento sanador. Las chispas azules impactaron en el cuerpo de Frank Longbottom, pero nada ocurrió.

Sin previo aviso, el resto de mortífagos regresaron, apareciéndose como quien emite un suspiro intenso. No estaban solos, llevaban una prisionera. Frank no podía distinguir lo que ocurría.

—¡Frank! —gritó la prisionera cuando se percató de quien era el hombre que permanecía tenido en el suelo.

Frank Longbottom escuchó la risa de la Bruja Negra mientras miraba hacia la nada.

—Allá donde tú vayas, yo te seguiré —dijo Alice Longbottom, intentando liberarse de los brazos de los mortífagos.

Aquellas palabras atravesaron el corazón de Frank Longbottom. La voz de su mujer despertó algo en su interior, algo tan profundo que ni siquiera la locura podía alcanzar. Sus pensamientos retrocedieron decenas de años. Un recuerdo vio la luz. Frank se encontraba en Hogwarts, en lo alto de la torre de astronomía, pero no estaba solo. Abrazaba a una joven estudiante de Gryffindor, mientras observaban las estrellas en una noche aciaga. Ella se giró y besó sus labios. Fue entonces cuando le prometió que siempre estaría a su lado y que cualquier paso que él diera, ella lo daría después.

—Alice... —murmuró tras su regreso al mundo real.

—¡FRAANK!

—¡ALICEEEEE!

La maldición Cruciatus volvió a cincelar a Frank. Sus huesos se resquebrajaron. Sus entrañas fueron esparcidas en cientos de pedazos. Los pocos recuerdos que aún se ocultaban, fueron despedazados en nombre de las artes oscuras. Frank Longbottom quedó desterrado del mundo. Su ser fue maldecido hasta que la locura fue la única de sus realidades. La voz de Alice no consiguió que la cordura regresara a él.

—¡FRAANK, NOOOOOO! —gritó Alice Longbottom, cuyas lágrimas bañaban el suelo.

Su voz dolía y ardía en su interior. Era una luz diminuta sumergida en un océano inmenso de oscuridad. El barco de la esperanza yacía en el fondo. Pensaban que la Guerra Mágica por fin había terminado. Creían que Lord Voldemort se había ido, que su oscuridad nunca volvería. Estaban equivocados.

CAPÍTULO 5

Las lágrimas le inundaban el rostro. El corazón le dolía. Su alma se desmembraba con el paso de los segundos. La oscuridad había caído sobre ella. Alice Longbottom no podía dejar de mirar a su marido, o lo que quedaba de él. Los ojos de Frank oteaban las vigas de aquel lugar en ruinas. El suave brillo que caracterizaba sus pupilas se había apagado para siempre. No se movía, apenas respiraba, y su magia se había ocultado del mundo.

Alice cayó de rodillas. Se arrastró hacia Frank, dejando un rastro de dolor a su paso. Ningún mortífero se lo impidió. Bellatrix reía bajo la sonrisa de sus aliados. Ominis Black se ocultaba en las sombras. Parecía esforzarse por mantener su corazón en la oscuridad.

—Frank... —llamó Alice, mientras cogía el rostro de su marido y atusaba su cabello.

Él la observó, pero no dijo nada. Alice intentó incorporarle sin éxito. Frank era un peso muerto, alguien sin identidad, sin motivo alguno para existir. Frank era el resultado del cenit de la maldición torturadora. Resistió, no reveló información alguna, y pagó el precio.

—Es tarde para él —indicó Bellatrix LeStrange—, pero no para ti. Puedes sobrevivir. Puedes regresar con tu hijo. Tan solo tienes que decirme lo que quiero saber. El Señor Tenebroso, ¿dónde está?.

—El mal nunca vencerá —murmuró Alice, con el corazón fijo en su marido.

—No existe el mal, tampoco el bien, solo existe el poder. Eres de sangre pura. No tengo por qué hacerte daño. Solo dime lo que quiero saber.

A pesar de la insistencia de la Bruja Negra, Alice Longbottom no volvió a articular una palabra. Era una Auror muy poderosa. Conocía bien la magia negra, la había combatido durante largo tiempo, y sabía lo que sucedería a continuación.

Cuando escuchó la voz de la mujer oscura pronunciando la maldición imperdonable, su ser se transportó al interior de la mente de Frank. Las chispas rojas golpearon su torso y la agonía comenzó. Alice se retorció en el suelo. Permaneció agarrada a la mano de Frank. Los gritos retumbaron en las paredes de hormigón y las vigas metálicas.

Cientos de recuerdos invadieron la mente de Alice. Caminaba por Hogwarts vestida con su túnica de estudiante. El león de la casa Gryffindor brillaba en su pecho. Volvía a ser una niña. Frank estaba allí. Llevaba el cabello castaño enmarañado como siempre. Ambos subían las escaleras de la torre de astronomía. Aquella noche volverían a ver las constelaciones.

Fue así como Alice se ocultó de su dolor. No había magia en el mundo más poderosa que el amor. Solo el amor podía derrotar a las maldiciones imperdonables. Alice fue torturada al igual que su marido. Ambos resistieron

y pagaron el precio de la locura. La maldición *Cruciatus* cinceló sus entrañas. Su identidad desapareció.

Solo cuando su mirada fue dirigida hacia la nada, Bellatrix LeStrange concluyó el hechizo. Las chispas rojas se apagaron, y la penumbra regresó al abandonado lugar.

Se escuchó un sonido hueco. Barty Crouch se desapareció con rapidez. Ominis Black le siguió. Bellatrix observó a su alrededor. Parecía asustada. Algo estaba a punto de acontecer. Sentía una magia poderosa. Se acercaba veloz.

—*Expelliarmus!* —exclamó una voz envejecida, pero férrea y muy poderosa—. *Reducto!* *Immobilus!*

La varita de Bellatrix LeStrange salió despedida y se perdió entre las piedras que invadían el desolado lugar. Rodolphus fue golpeado por el hechizo aturdidor y perdió el conocimiento. Rabastan quedó congelado.

—¡Dumbledore! —exclamó Bellatrix LeStrange, con una ola de temor que estrangulaba su fino cuello.

—*Incarcerous!* —recitó Albus Dumbledore.

De su varita salieron dos cuerdas que apresaron a la Bruja Negra. Junto a Dumbledore aparecieron dos magos, dejando un haz de luz blanca en la zona. El más alto vestía con una túnica azulada y gozaba de una piel bronceada. El otro era más joven, y su rostro había sido mancillado con una gran cicatriz.

—Remus, Kingsley —llamó Albus Dumbledore—. Asegurad la zona.

Mientras los dos magos protegían el lugar y aferraban las cuerdas de los mortifagos, Dumbledore corrió hacia Frank y Alice Longbottom. Ambos permanecían tirados en el suelo, el uno al lado del otro, agarrados de la mano. Dumbledore cayó a su lado. Pocas veces las lágrimas habían ensombrecido la mirada del profesor, y aquella fue una de ellas.

—Alice —murmuró con la congoja y el dolor recorriendo sus venas, y agitando su respiración—, Frank.

El pecho le ardía como un fuego eterno. Su corazón sangraba. Había perdido a dos grandes amigos hacía unos meses, y acababa de fallar a otros dos.

—No, no, no. Por favor, por favor, no —suplicó, cerrando los ojos que habían sido regados por las lágrimas—. Toda la magia que hay en mi interior, tomadla.

Apoyó una mano en la frente de Frank y otra en la de Alice. Sintió una vibración extraña en las yemas de los dedos, pero nada sucedió, o eso es lo que Albus pensó.

Lo cierto era que ni siquiera el mago más poderoso del mundo pudo reparar los efectos de una maldición imperdonable. De nuevo, Albus Dumbledore no consiguió salvar a sus amigos, algo que le apenó durante el resto de su existencia. Sin embargo, tanto el legado de los Potter como el de los Longbottom había sobrevivido y, en aquel oscuro momento, se juró a

sí mismo que protegería y ayudaría a esos dos niños hasta que su alma y su cuerpo fueran reducidos a polvo estelar.

CAPÍTULO 6

Seis eran los meses que habían transcurrido desde que se produjera la captura y tortura de la familia Longbottom. El cielo estaba nublado aquella mañana. Albus Dumbledore se acababa de aparecer ante la gran puerta del Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas, en Londres. El edificio era grande y tenía una arquitectura imponente. El hospital era conocido por su voluminosa capacidad para curar enfermedades y lesiones mágicas extremadamente graves. A menudo, era la última esperanza para aquellos que habían sido heridos por magia oscura o por criaturas peligrosas.

Albus Dumbledore suspiró antes de poner un pie en el escalón de piedra que se alzaba hasta la gran puerta de entrada. Pensó en Frank y Alice Longbottom, y suplicó en lo más profundo de su corazón que los sanadores tuvieran buenas noticias.

Después de saludar a varios empleados del hospital, que le reconocieron al instante, Dumbledore subió por la gran escalera de mármol, que nacía en el vestíbulo del hospital y ascendía hasta la última planta. Llegó al ala de Permanencia, situada en la cuarta planta del hospital, y se dirigió a la habitación número cuatrocientos treinta y cinco.

Los sanadores del hospital vestían con uniformes blancos y zapatillas de goma de color turquesa. Iban de una habitación a otra, otorgando atención a todos los pacientes. Una sanadora se encontraba en el interior de la habitación cuatrocientos treinta y cinco. Era joven, de escasos treinta años de edad. Tenía el cabello largo, de color caoba, y completamente liso. Se encontraba cambiando las sábanas de la cama más cercana a la puerta. Allí, en el hospital de los magos, aquel trabajo era manual. Por motivos de seguridad, el uso de la varita estaba reservado exclusivamente para procedimientos sanadores complejos.

—Buenos días, sanadora Clearwater —saludó Albus Dumbledore desde el umbral de la puerta.

—Profesor Dumbledore —dijo ella, un tanto alarmada—. No le había oído llegar. Pase, por favor.

—Con su permiso —dijo él, y accedió a la habitación.

No era un lugar muy grande. Había flores y plantas por todos los rincones, varios armarios, dos ventiladores, un ajedrez mágico, una mesa llena de cajitas vacías de ranas de chocolate, varios cromos de brujas y magos, y una fotografía. Los dos pacientes que allí descansaban, parecían encontrarse en otro mundo.

El profesor Dumbledore observó a sus amigos. Alice sonreía mientras miraba fijamente a la pared. Frank tenía un rostro más severo. Su atención se encontraba centrada en las puntas de sus calcetines de color rojo. Ninguno de los dos se percató de la llegada de su amigo.

—¿Hay mejoras? —preguntó el profesor, con los ojos brillantes, que observaban con atención a través de los finos cristales de sus gafas de media luna.

—Hemos tenido progresos en el último mes —respondió la sanadora Clearwater—. Ambos están empezando a reconocer a sus enfermeras regulares, pero esta clase de trauma cerebral deja daños permanentes.

—Muy bien —asintió Dumbledore—. El jugo de nenúfar africano está dando resultados favorables.

—Sí —afirmó ella—, aunque es difícil saber si volverán a reconocer a sus seres queridos. A pesar del avance, el panorama no es bueno, profesor.

Dumbledore suspiró. Sus amigos eran extraordinarios. Los Potter habían vencido a la muerte gracias al amor, al igual que los Longbottom, y él sabía perfectamente que no había magia más poderosa en el mundo que el amor.

—Algunas veces, el corazón recuerda lo que la mente olvida —dijo.

De su túnica sacó una fotografía, enmarcada en un sencillo marco de madera blanca. En ella, el pequeño Neville Longbottom jugaba con la varita de su padre. Colocó la fotografía en la mesilla de Alice, junto a una réplica del expreso de Hogwarts y una rana de chocolate.

Alice Longbottom pareció percatarse de ello y giró su rostro para observar la imagen de su hijo. Si sus sentimientos no le engañaban, Dumbledore pudo ver el brillo blanco de estrellas en los ojos de Alice. El profesor comprendió que ninguna maldición jamás podría romper por completo el vínculo que poseía una madre con su hijo.

En aquel momento, pensó en los Potter. Lily, James... su hijo Harry. Estaba convencido de que la muerte tan solo era la siguiente aventura, y que el amor podía atravesar el velo que separaba esta vida de la siguiente.

—¿Ha venido por aquí Augusta Longbottom? —preguntó.

La sanadora Clearwater terminó de hacer la cama de Alice y le acarició el brazo. Alice sonrió de nuevo. No dejaba de mirar la fotografía que Dumbledore les había regalado.

—Recibimos una lechuza hace un par de horas. Su transporte Muggle se había retrasado.

—Sorprendente, sin duda —sonrió el profesor—. Me sentiría muy en deuda si le diera esta carta a su llegada.

Dumbledore sacó un sobre de color carne de uno de los bolsillos de su túnica. La sanadora asintió y cogió la carta.

—Les he conseguido un pequeño hogar en Hogsmeade. Me alegraría que se mudaran allí de inmediato. En ese pueblo contarán con la protección de Hogwarts. Allí, el niño crecerá ajeno a todo peligro del Mundo Mágico.

—Un buen hogar para los Longbottom, profesor —dijo la sanadora—. Aunque el niño crecerá muy alejado de sus padres.

—No hay forma más rápida de viajar que los Polvos Flu —apuntó el profesor, observando a la joven sanadora por encima de sus gafas de media luna—. Haré que conecten una chimenea entre el pueblo y el hospital.

—Es usted extraordinario, profesor —dijo ella.

—Oh, me alaga, sanadora Clearwater —respondió él, emitiendo una suave carcajada—. Debo irme. Asuntos del Ministerio requieren mi atención. Aún quedan seguidores de Lord Voldemort por juzgar.

La piel de la sanadora se irritó. Su corazón tembló al escuchar aquel nombre. Todos sus músculos se tensaron. El horror llegó a su mente. Al igual que muchas enfermedades incurables, el temor al escuchar aquel nombre sería irreparable en la totalidad de la población mundial.

CAPÍTULO 7

Once años después, el Mundo Mágico había cambiado demasiado. El Ministerio de Magia era fuerte. Las leyes eran respetadas y nada ni nadie amenazaba la estabilidad de los magos. Nadie temía salir de noche a las calles o enviar a los estudiantes a las escuelas mágicas. Sin embargo, el Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas permanecía intacto en el tiempo. Era extraño. Debía de ser cosa de magia.

Neville Longbottom era un niño tímido y torpe. Era bajo de estatura y tenía una complexión delgada. Su pelo siempre estaba desordenado y habitualmente vestía con ropa desaliñada. Como muchos niños antes que él, su primer año en la escuela Hogwarts de Magia y Hechicería estaba a punto de comenzar.

Al igual que cada verano transcurrido desde que Neville tenía recuerdos, iba con su abuela a visitar a sus padres al hospital. Aquel verano llegaba al final, y pronto debería recorrer el Callejón Diagon en busca de materiales para la escuela. Sin embargo, si algo tenía Neville claro, era que sus padres siempre serían lo primero.

Las yemas de los dedos le temblaron cuando accedió al ala de Permanencia del hospital. Su abuela Augusta le seguía con un ritmo pausado, vigilante, e imperioso. Neville llevaba todo el verano nervioso debido a que iba a comenzar sus estudios. No solía tener demasiado control sobre su cuerpo. No tenía amigos para contarle sus problemas e inquietudes.

Su abuela solía ser bastante dura en sus entrenamientos mágicos. Cuando era más pequeño, Augusta Longbottom pensaba que él era un squib, una persona no mágica nacida de un progenitor mago.

Hacer honor al nombre de la familia era el deber de Neville, eso le había quedado bien claro. Según su abuela, alcanzar el poder mágico de sus padres le resultaría imposible. Pero aquel no era el temor de Neville, su miedo era entrar en la escuela y que todo el mundo opinara de él lo mismo que su abuela.

—Buenos días, jovencito —saludó la sanadora Clearwater cuando le vio en el rellano de la puerta.

—Hola —dijo Neville, cuya atención estaba centrada en los dos pacientes que había en el interior de la habitación.

Frank Longbottom se encontraba de pie, observando a través de la ventana. Era imposible descubrir lo que ocurría en el interior de la mente de Frank, pero algo en el exterior parecía haber captado su atención.

Alice se encontraba sentada sobre su cama. Miraba hacia la blanca pared que tenía enfrente. La voz de su hijo fue como el despertador que es imposible no escuchar. Alice giró su rostro. Su mirada conectó con la de su hijo. Sonrió, y desvió su mirada hacia la vieja fotografía que tenía en la mesilla de noche. Un pequeño bebé jugaba con una varita sin dejar de reír.

—Hola, mamá —saludó Neville.

Alice no dijo nada. Miro a su hijo, y continuó sonriendo. Augusta Longbottom accedió a la habitación en aquel momento. Saludó a la sanadora y observó a su hijo y a su nuera. Su rostro era férreo y severo, pero su corazón se estremeció como cada vez que entraba en aquel lugar.

—¿Algún avance, sanadora? —preguntó.

—Seguimos descubriendo ápices de emociones —informó la sanadora—. Nada relevante respecto a su última visita.

—Muy bien —dijo Augusta—. Estaré en la cafetería Neville. Volveré en media hora.

Neville Longbottom ignoró a su abuela. Como si lo tuviera por costumbre, se sentó en la cama de su madre y apoyó su cabeza sobre el hombro de ella. Ningún músculo se tensó en el cuerpo de Alice. Ella solo se limitaba a sonreír. Frank seguía mirando por la ventana, sin percatarse de nada.

—Frank —llamó la sanadora—. ¿No saludas a tu hijo?

Frank no prestó atención. La sanadora Clearwater sonrió y fue en su busca. Le cogió del brazo con facilidad y le alejó de la ventana. Frank Longbottom no se resistió. Su recuperación era más lenta que la de su mujer. Sus avances eran inapreciables. Extraña era la ocasión en la que un sentimiento se reflejaba en su rostro. La sanadora le acercó a la cama y le ayudó a sentarse junto a su hijo.

—Hola, papá —dijo Neville.

Si lo escuchó, Frank no reaccionó. En cambio, sí que dirigió su mirada hacia la fotografía de la mesilla, y así se quedó durante media hora. Neville disfrutó del tiempo junto a sus padres, abriendo ranas de chocolate y comiendo chucherías. Alice probó unas cuantas, al contrario que Frank.

—Si no me equivoco, este año comienza sus estudios —dijo la sanadora al cabo de un rato.

—Sí, iré a Hogwarts —murmuró Neville, agachando la cabeza, recordando sus miedos.

—No debe preocuparse, joven. Hogwarts es la mejor escuela del mundo. Le irá bien.

—¿Cómo puede estar tan segura, sanadora Clearwater?

—Lo lleva en la sangre, señor Longbottom —sonrió ella—. Harry Potter destruyó a quien no debe ser nombrado, todo el mundo lo sabe, sí. Pero algunos dicen, que el alma del Señor Oscuro aún vaga por el mundo, reducida casi a la nada. Y fue gracias a sus padres, que los seguidores del Señor Tenebroso no consiguieron encontrar el paradero de su amo.

—Vaya... —dijo Neville.

—Parece sorprendido, señor Longbottom.

—Es que... —murmuró Neville observando a su madre, quien volvía a mirar fijamente a la pared que tenía en frente como si se encontrase sola en aquella habitación—. No lo sabía.

—Sus padres evitaron el retorno de la oscuridad...

—Dudo que alguien conozca esa historia en Hogwarts.

—Jovencito, ¿quién cree que me informó?

Neville no dijo nada, tan solo se deleitó observando el envoltorio de una chuchería que su madre le había entregado. El pequeño de los Longbottom guardaba en una caja todos los restos que su madre le entregaba cada vez que iba a verla. Era su peculiar manera de mantener abierto el vínculo. No entendía cómo, pero aquellos envoltorios conseguían reforzar el poder mágico que le unía con su madre.

—Gracias, mamá —dijo unos minutos después, cuando ella le entregó un segundo envoltorio.

Alice le observaba como si tuviera delante a uno de los fantasmas de la casa de Gryffindor. Neville vio la tímida sonrisa de su madre. Expresar ese tipo de emociones voluntarias era el mayor avance que habían logrado en once años. El jugo de nenúfar africano, mezclado con esencia de Belladona, una gota de Amortentia y eucalipto dorado del Amazonas, había dado resultados increíbles. La doctora Clearwater lo tenía claro, la Herbología era el futuro para la curación completa de sus padres.

—Neville, es hora de irnos —espetó Augusta Longbottom, quien había regresado de la cafetería. Su abuela vio los envoltorios y frunció ligeramente el ceño—. Tira eso, probablemente tu madre ya te dio suficientes para tapizar tu habitación.

Neville volvió a observar los regalos de su madre, y su corazón se aceleró.

—Sí, abuela —dijo.

Sin embargo, cuando Augusta dio media vuelta, Neville guardó los envoltorios como quien guarda su tesoro más preciado, con delicadeza, seguridad y suma protección.

Abandonó la habitación con una sonrisa. Sabía que no volvería a ver a sus padres en varios meses, pero ellos vivían en su corazón y estaban siempre a su lado.

—Adiós, mamá. Adiós, papá —dijo, aunque sabía que ellos no responderían, pero la sanadora Clearwater, tan adorable como siempre, lo hizo por ellos.

—Nos queda un largo camino, Neville —indicó Augusta mientras bajaban la gran escalera del hospital—. Aún tenemos que comprar tus libros, plumas, un caldero y el uniforme tradicional de la escuela.

—Y una mascota —añadió Neville.

—¿Mascota? Oh, ni hablar —gruñó su abuela—. Ya tienes a Trevor. He perdido la cuenta de la edad de ese sapo, pero estoy segura de que vivirá siete años más....

FIN